

Un texto de Ignazio Silone

PROBLEMAS PARA UNA DEMOCRACIA

Nacido en 1900, Ignazio Silone, muerto el 23 de agosto de 1978, se convirtió en el gran novelista que todos conocemos ("Fontamara", "El pan y el vino"), después de haberse visto obligado al exilio por el fascismo, pero no sin haber roto también con el Partido Comunista italiano, que había contribuido a fundar en 1921. Hemos encontrado el texto que publicó, en 1969, en el último número de su revista "Tempo presente". En él, en sus palabras premonitorias, se reconocerá el humor y el desencanto que han caracterizado siempre a este hombre de izquierda que fue, durante toda su vida e incluso entre los suyos, un contestatario.

DESDE que en el transcurso de un debate público en el que había aludido a las relaciones franco-italianas, un desconocido le reprochaba abiertamente por equivocación el hecho de que desease una aproximación de Italia al general Franco. Thomas, llamado el Clínico, se juró a sí mismo nunca más volver a poner el pie en aquella especie de verbena.

Sin embargo, como odia tanto la soledad, recientemente se dejó arrastrar por unos cuantos amigos a una reunión cuyo objeto era poner a punto un programa de discusiones.

—Debe quedar claro —comenzó diciendo— que las consignas de los partidos, incluidas las de los partidos de izquierda, no nos interesan aquí. Ni los mismos que los elaboran les hacen caso porque, como se sabe, actúan exclusivamente en función de la máxima eficacia posible frente a las masas. Además, sea cual fuere el resultado obtenido mediante tales artificios, es tan sólido como una cabina de playa frente a un mar enfurecido.

—¡No te limites a la crítica! —gritó entonces alguno desde el fondo de la sala.

—Los más inteligentes de los marxistas —prosiguió el Clínico— han abandonado desde hace tiempo la idea de la existencia de una relación directa entre estructura y superestructura. En otras palabras, ninguno de ellos piensa ya que baste con dar la vuelta o modificar el régimen económico de un país para que, automáticamente, surja una nueva civilización, con todo cuanto esto implica en materia cultural y de costumbres. La experiencia histórica lo muestra claramente. ¿Cómo explicar, de otro modo, el largo período de terror estalinista y sus inquietantes secuelas? Sabemos, por desgracia, que una economía colectivizada puede engendrar incluso un nuevo canibalismo. He aquí una primera cuestión sería que habría que examinar. Si el cambio de régimen no basta para alcanzar un nivel más civilizado de las relaciones humanas, ¿qué más hace falta?

—¡Pides demasiado! —le espetó otro de los asistentes.

—Tu conclusión es pesimista —replicó el Clínico—. Expresa el pesimismo tradicional de los conservadores. Pero no se puede iniciar un debate partiendo de una conclusión.

—¡Continúa! —insistieron desde varios lados.

—Hace unos pocos años —prosiguió— un joven filósofo marxista polaco tuvo la valentía de plantear la siguiente pregunta: ¿qué diferencia real —y no simplemente nominal o jurídica, sino efectiva— existe entre la situación de un asalariado de la industria privada y la de un camarada que trabaja en la industria nacionalizada de un país socialista?

“El joven filósofo fue calificado de revisionista y se le pidió que se callara. Sin embargo, la pregunta sigue planteada. El marxismo, ya lo sabéis, tiende a la abolición de la condición proletaria. Sentado esto, ¿cómo se puede pensar que sea marxista una economía de Estado de dirección burocrática? Estrechamente ligado a éste tenemos otro problema, censurado pero no refutado: la aparición de una nueva clase.

Se hicieron nuevas interrupciones: “¡Son problemas del Este que no nos incumben!”.

—Os equivocáis —respondió el Clínico—. No es difícil ver que se trata de problemas comunes a todos los países, incluidos los nuevos del Tercer Mundo. Ninguno de vosotros ignora que también en Italia hemos llevado a cabo nacionalizaciones, y que hay otras en proyecto. ¿No es útil preguntarse cómo hay que nacionalizar? ¿Por qué no se trata de ver si nacionalización es o no es sinónimo de socialización?

Alguien objetó: “Se trata, por el momento, de reducir el poder burgués; luego, ya se verá”.

—¿Es que el IRI o el ENEL (1) —preguntó entonces el Clínico— han debilitado el poder de los monopolios capitalistas en Italia? Sólo os pido que reconozcáis que eso es al menos discutible. ¿Acaso no tenéis dudas?

—Usted quería proponer ciertos problemas tocantes a los principios —añadió el que le acababa de interrumpir—. ¿Los conoce usted?

—Los conocía —replicó el Clínico—, pero no sé si siguen siendo los mismos. Su identificación, en el momento presente, constituye per se ya un problema. Admito que, en una situación nueva, es preferible un empirismo prudente al dogmatismo, y quiero llegar a comprender el hecho de que cuando se trata de institu-

(1) IRI: Instituto para la Reconstrucción Industrial; ENEL: Oficina Nacional de la Energía Eléctrica.



ciones autoritarias fundadas sobre el dogma de la infalibilidad, resulta sin duda difícil renegar públicamente de lo que se afirmaba ayer mismo. En el Concilio Vaticano II, los más audaces entre los prelados prefirieron ignorar la existencia del Syllabus; de igual manera, en los partidos comunistas nadie evoca ya las veintuna condiciones impuestas por Lenin a quienes quisieran afiliarse a la Tercera Internacional. Hace ya bastante tiempo que no se oye hablar de tan estrictas definiciones del perfecto comunista. ¡Tanto mejor! Pero debe haber la posibilidad de preguntarse si el Syllabus y sus veintuna condiciones están realmente superadas. En la práctica, y por el momento, creo que lo están. Sin embargo, la ausencia de toda crítica al respecto me parece presentar ciertos inconvenientes. Citaré los más serios. Puede ocurrir que en la Iglesia o en el partido alguien siga siendo fiel al antiguo catecismo. Incluso entre las jerarquías y entre los notables, algunos pueden considerarlo como inactual, pero de ninguna manera falso. Por último, nada asegura que el antiguo fanatismo, conservado en la naftalina de los archivos, pierda su virulencia. La confusión que resulta de todo ello es evidente. Además...

En este momento, las luces se apagaron para volver a encenderse inmediatamente: “¡Cerramos!”. La sala se vació rápidamente. En la calle, un amigo abordó al Clínico y le dijo: “Has planteado problemas para todo un decenio”.

—¿Y por qué no?

—El Círculo ha recibido aviso del propietario para fin de mes.

—Podríamos continuar en la calle —dijo el Clínico—. Con los que tengan ganas. ■ I. S. c. “Le Nouvel Observateur”.